

## 110. La Beata Isabel Canori

¿No han oído ustedes nunca este nombre: Isabel Canori? Pues es una santa lo más simpática y querida que podemos encontrar. Una vez se desarrolló éste diálogo entre ella y su esposo Cristóbal, que era un fresco perdido: infiel, jugador, malgastador, burlón, verdugo de su mujer, descuidado de sus hijas. Está rodeado de varios amigos, y, presente Isabel, pregunta:

- *¿Sabén qué hace mi mujer por las noches? Se las pasa diciendo Misa, y yo le hago de monaguillo.*

Ríen todos a carcajada limpia. Menos Isabel, que, fijos en él los ojos, le responde muy seria:

- *¿Yo, mujer, celebrar Misa? Yo, no. Serás tú quien la celebrarás por mí. Cuando yo muera, tú te volverás a Dios, y le darás mucha gloria.*

La vida de aquel matrimonio es insoportable. Han caído en la pobreza más grande por los abusos del marido, que un día llega furioso a casa y está a punto de matar a su mujer. Familiares y amigos le aconsejan a ésta que se separe, y ella:

- *¿Separarme de mi esposo? ¡Eso, no! Le di palabra ante el Altar, y seguiré con él hasta el fin.*

A las hijas, les aconseja y les manda:

- *Amen mucho a su papá. Respétenlo. Acójanlo siempre con cariño de hijas.*

Cristóbal se da cuenta al fin de lo sinvergüenza que es él y de lo maravillosa que es su esposa, de modo que les dice llorando a las hijas:

- *Una madre como la suya no se encuentra en el mundo. Yo no merezco por nada ser su marido.*

Muere Isabel. Y Cristóbal, arrepentido de tanto mal contra su extraordinaria mujer, exclama:

- *¡Me retiro del mundo! Dejo clientes, compañeros, amigos, y me voy a un convento para hacerme religioso y salvar mi alma.*

Terciario al principio; religioso profeso después entre los Franciscanos Conventuales; y, finalmente, sacerdote ejemplar. La profecía de su mártir esposa se había cumplido.

Interesante esta historia, ¿verdad?... Entonces, vamos a mirar por unos momentos a Isabel, joven de familia rica, distinguida, noble, educada primorosamente, y muy elegante. Luce en la alta sociedad de Roma, y atrae las miradas de muchos pretendientes. A los diecinueve años contrae matrimonio con Cristóbal Mora, joven inteligente que se había doctorado con brillantez en Derecho.

Los primeros meses de matrimonio, una auténtica y continua luna de miel. Pero, aún no ha pasado un año, cuando Isabel nota algo raro. Se acabaron las atenciones del marido, sus caricias, su querer lucir a la bella esposa en todas las fiestas de la alta sociedad romana. Pronto sabe toda la verdad: ¡Una querida que le ha robado el marido!... Y Cristóbal con la querida, fiestas, juerga, despilfarro, hasta llevar el hogar, hasta ahora rico, a la pobreza más preocupante, hasta quedar a veces sin un bocado de pan.

Isabel, cariñosa hasta el extremo, quiere reconquistar al marido y se vale e todos los medios a su alcance. Pero no consigue nada. Vienen dos niñas al hogar que mueren pronto.

Otras dos niñas preciosas van a ser la felicidad de la mamá, porque al marido le tienen sin cuidado alguno.

A tanto sufrimiento moral, cuando Isabel cuenta ya con veintisiete años, contrae una enfermedad muy dolorosa que la pone a las puertas de la muerte. Sale de ella casi milagrosamente, y recibe una gracia extraordinaria de Dios. En éxtasis, ve cómo un dardo rusiente le atraviesa el corazón.

- *Vuelta en mí misma* —escribirá después— *sentí en mi corazón los efectos maravillosos de aquel dardo misterioso, que me abrasaba el corazón. Encendida en amor, me volví casi loca. Dios me mostró también un camino muy estrecho, y yo le dije al Señor, llorando: ¡Imposible, Jesús mío, imposible que yo recorra este camino sin caer en el abismo! Pero Jesús me aseguró: No temas; soy Jesús. Mira las llagas de mis manos y de mis pies. Yo te voy a ayudar.*

Recibida esta gracia, Isabel sabe cuál es su vida: hacerse santa siguiendo a Jesucristo Crucificado por el camino del matrimonio. Y se traza su plan:

- Virtudes: mucha bondad, mucha mansedumbre, mucha paciencia.
- Fidelidad total al matrimonio. El marido se empeña en que Isabel le dé autorización escrita para ver a la querida libremente. Isabel, cristiana cabal y perfecta: *¡No, eso no! Tu esposa soy yo. El matrimonio es el medio de mi salvación, de la santificación de mi hogar, de mis hijas, de la conversión de mi marido.*
- Oración: mucha oración, porque necesito fortaleza, y porque quiero unirme cada vez más a Dios.

Cae enfermo Cristóbal, y la esposa, perdonándolo todo, vende hasta lo último de lo poco que le queda para curarlo y pagar todas sus deudas después, a fin de que no pare en la cárcel.

Acaba Isabel de cumplir los cincuenta años, y cae enferma irreversible. Cristóbal está ausente. Las dos hijas, tan santitas como la mamá, la atienden con cariño, y reciben su último consejo : *-Amen mucho a Dios. Guarden su santa Ley. No las dejo huérfanas, porque las dejo con Jesús, y bajo la protección de María. Respeten a su padre, y esperen el momento de Dios.*

Clavada la mirada en el cielo, se va al seno de Dios el 5 de Febrero de 1825.

El momento de Dios para el marido tan irresponsable vino casi de repente: *-¡Yo, yo, con mi pésima conducta, he hecho santa a mi esposa!... ¿Y la querida?... ¡Fuera, y ni una vez más!*

Cristóbal, Religioso y Sacerdote, conforme a la profecía de Isabel, llevará siempre después consigo el retrato de la esposa añorada.

Isabel, Terciaria Trinitaria, se encontraba siempre en la iglesia con su íntima amiga Ana María Taigi. Hoy, esposas y madres las dos, están juntas en los altares...